

LA VIDA I LA MUERTE

DEL

SEÑOR JENERAL VIDAURRE.



El domingo 18 de Setiembre nos hallábam^{os} reunidos en el templo con el primer majistrado de la nacion, rindiendo a Dios homenaje de amor i de gratitud por haber permitido constituirnos en un Estado independiente i libre i mantenernos en paz interior i exterior, cuando el telégrafo transmitió el primer anuncio del hecho trájico acaecido en esos mismos momentos en la ciudad de Valparaiso. Terminada la accion de gracias i despues que el Presidente hubo llegado al palacio, comenzó a extenderse por la poblacion la siniestra nueva: «El jeneral Vidaurre ha sido herido! ha sido muerto!» se repetia; mas nadie daba crédito, tan inesperada e inconcebible era la noticia!

Como en Santiago i en los demas pueblos de la República, tambien en Valparaiso se

hallaban las autoridades i el pueblo reunidos en torno de la Majestad a la misma hora i con igual objeto. El señor Jeneral Vidaurre, como jefe político de la provincia, habia asistido con las corporaciones a aquel grandioso acto; i cuando se hallaba haciendo votos por la prosperidad de la patria e implorando la asistencia divina para gobernar con acierto i felicidad el pueblo que acababa de confiarse a su mando, fué interrumpido en su doble plegaria con el aviso de que estallaba un motin en la plaza pública. Este aviso le condujo a la muerte, pues en las gradas del templo le esperaba el hombre que habia adoptado la resolucion de matarlo. La presencia del anciano majistrado, sus palabras solemnes que invocaban el sentimiento del patriotismo, no desconcertaron al homicida; no retrocedió ante aquella figura apacible, aquella cabeza de cabellos blancos, aquel Jeneral lleno de bondad, gloria viviente de nuestro ejército..... apuntó el arma i la víctima cayó en tierra.....

— ¡Qué puede haber mas odioso, mas execrable, mas lamentable que este asesinato! ¡A nombre de qué principio, en servicio de qué causa se armó esa mano para herir a un hombre a quien el peso de la gloria i de los años habia puesto a salvo de toda asechanza? Fué esa una mano mercenaria? Pero ¿servia al plan de una revolucion, o a una enemistad personal? I quién puede creerse con derecho para hacer revolucion en nuestro pais, recien pacificado,

i hacerla matando un hombre que en razon de sus años i de sus virtudes solo en el campo de honor podia ser vulnerable!

Mas....., perdónenos su sombra estas imprecaciones; ha pasado el momento oportuno para lanzarlas. Cuando él descansa en el seno de Dios, no debemos dar cabida a otro sentimiento que el de la tristeza, acerba pero sin odio; así obedecemos su postrer deseo.

I si queremos mitigar un tanto nuestra afliccion, recordemos algunos pasajes de su vida, porque seguramente hai en ella mucho de bueno que imitar i que nos confirmará en la idea de que su cruenta muerte no ha sido una expiacion, ni siquiera una purificacion, sino una santificacion de su alma para volar feliz al seno del Criador.

El Jeneral Vidaurre ha muerto a los 57 años de edad, porque nació a mediados del año 1802, en la ciudad de Concepcion que tan notables ciudadanos ha producido. Hallábase, pues, en la mitad de su vida, i aunque su aspecto, revestido de una vejez prematura, acusaba en él una edad mas avanzada, era esto debido a su salud debilitada en cuarenta i dos años de servicio activo en el ejército i la guardia cívica i que probablemente hubiera extendido a muchos mas, si el atentado bajo el que sucumbió, cortando el hilo de sus dias, no hubiera privado a la patria de sus servicios i a su familia de la dicha i el apoyo que la prestaba.

— 4 —

Tuvo la suerte de nacer de padres honrados en quienes descollaban notoriamente dos sentimientos, los mas nobles que pueden poseer la creatura, los únicos que dan verdadera dignidad a la vida, la relijion i el patriotismo, la piedad i la libertad; i estos sentimientos se procuró con esmero inculcarlos desde temprano en el corazon del niño. Cuando estuvo en edad de recibir la enseñanza de algunos ramos de la primera instruccion, fué remitido a lado de un tio suyo, sacerdote que se hallaba de párroco en Valdivia.—El cura Vidaurre, aunque ocupado constantemente de política i de los asuntos de su ministerio, no dejaba por eso de consagrarse a la educacion del pupilo para corresponder a la confianza que en él depositaran sus padres i obedecer al interes que le inspiraba la índole bella de aquel hermoso niño. Poco diestro para la enseñanza de todos los ramos de escuela, pero mui conocedor de las cualidades que deben adornar a un caballero cristiano, se ocupaba con preferencia de formar el corazon de su pupilo por medio de lecciones morales i de prácticas piadosas; cuya enseñanza, robustecida constantemente por la lectura de buenos libros, produjo en este desde luego una moralidad sólida i la piedad i filantropía que eran la base esencial de su carácter. Pero a la sazón la casa del cura Vidaurre era el punto de cita de todos los conspiradores patriotas de Valdivia; allí se urdian diversos planes para coad-

yuvar a la emancipacion de la patria, se exponian con calor las esperanzas concebidas, los sucesos significativos, los pasos de la revolucion hácia ese grandioso objeto; i el niño Juan, testigo presencial de esas escenas, oyendo siempre el nombre de patria, libertad, de godo, sinónimo entónces de déspota, tirano i cruel; testigo de las tristezas o consuelos de aquellos entusiastas patriotas, de sus ensueños i protestas, de su ansiedad o decepcion, asistia diariamente a una escuela práctica de patriotismo i nutria su alma de ideas atrevidas, que se revelaron poco despues en el coraje con que embestia a los enemigos de nuestra emancipacion.

Niño aun se alistó de cadete en el Regimiento de la Escolta Directorial. No fué una aficion inconsiderada a la carrera de las armas, ni un acto de obediencia a sujestiones extrañas lo que le determinó a enrolarse en el ejército que levantaba la patria; fué un móvil mas honroso a sus sentimientos i mui digno de encomio atendida su corta edad; fué el deseo de cooperar con su brazo, aunque débil, a la expulsion de los dominadores españoles, fué la voz del patriotismo nacido i alimentado en su alma desde sus mas tiernos años. La presencia de este niño en las filas formaba contraste con la de aquellos soldados veteranos a cuyo lado iba a combatir, i para estos eran motivos de placer i de diversion su intrepidez, las arengas que por bajo les dirijia exhortán-

dolos al exterminio del enemigo comun i su positura sobre el caballo constantemente inclinado hácia el lado derecho para contrabalancear el peso del sable que tendia a llevarlo consigo a tierra.

A los dos meses de su incorporacion en el ejército estrenábase en el sitio i asalto de Talcahuano: en esta jornada el niño Vidaurre asistia por primera vez al espectáculo de la guerra, i la sangre de sus compañeros que corrió en abundancia impresionó dolorosamente su alma tierna i sensible. Viendo caido a su lado un oficial herido por una bala de cañon, dirigióse al instante hácia el moribundo i con acento fervoroso comenzó a ayudarle a bien morir hasta que hubo expirado. Consecuente a las prácticas a que asistiera en sus primeros años, parecíale un deber de primer orden auxiliar a los moribundos, una impiedad dejar de hacerlo i un servicio de inmensa consecuencia para el alma que parte de esta morada.—Tres meses despues, en el encuentro dado en Quechereguas a la vanguardia enemiga, repetia la misma operacion con un sarjento herido de muerte, un amigo suyo, a quien habia cobrado mucho cariño. Seguramente el tránsito a la otra vida le parecia un asunto de la mas grave importancia, i por eso a la vista de un agonizante no podia prescindir de llamar todas las potencias del alma a la reconciliacion con su Creador antes de partir para la eternidad; despues sin embargo, la ha-

bitud de mirar de frente a la muerte le hizo caer en completa indiferencia respecto de los moribundos, a lo menos en el campo de batalla. Embebido en sus exhortaciones cristianas, nuestro niño permanecía en el sitio en que yacía el moribundo sarjento en circunstancias de embestir de nuevo el enemigo, i su caridad le habria traído el cautiverio o la muerte, si el jefe del rejimiento que pasaba casualmente por allí no hubiese visto al cadete convertido en capellan i no le hubiera advertido de la situacion por medio de un oportuno planazo que le aplicó con eficacia.—Pero la intrepidez de Vidaurre era igual a su caridad, i en ese encuentro de Quechereguas se portó bizarramente: persiguiendo con sus compañeros a algunos enemigos, logró dar alcance a un godó i le descargó sobre la espalda un achazo con todas las fuerzas de que era capaz, mas como estas eran las de un niño, el golpe no produjo otro efecto que levantar el polvo que contenia la casaca del soldado, lo cual exitó la hilaridad de los que observaban al tenaz perseguidor.

Cinco dias despues se hallaba en la accion de Cancha-rallada i se retiraba en el ejército patrio a consecuencia de la sorpresa sufrida el 19 de marzo. A los quince dias combatía en la gloriosa jornada de Maipú, que fijó para siempre nuestro modo de ser político, mereciendo el escudo de honor que el Supremo Gobierno concedió a los que se hallaron

en dicha jornada, i un ascenso en su carrera militar.

Aun no hacian, pues, seis meses que empuñara las armas consagrando a la patria sus infantiles años i ya habia figurado en tres combates i una batalla; i en esa edad en que todos se ocupan de los entretenimientos mas fútiles, podia él decir con fundamento: “De-seaba dar indepedencia i libertad a mi patria, i lo he hecho.” ¡Envidiable destino! Nada quedaba, en efecto, por satisfacer a su noble ambicion: su patriotismo estaba premiado, porque ¡qué honor mas grande para una vida de quince años, que encerrar en sus cortos anales una gran historia, que ligar su destino al destino glorioso de un país, i presentar por esto mismo un mérito reconocido, superior al que de ordenario ofrece la vida comun del individuo, por larga que se suponga?

Despues de la batalla de Maipú, Vidaurre fué destinado a la academia que se fundó en aquella época, para que estudiase matemáticas.—Es ciertamente algo difícil en la edad de los instintos vivaces, con frecuencia inducido a la senda opuesta al deber por otros quizá depravados que suelen desarrollarse en los colejos, observar una comportacion intachable hasta merecer especiales elogios de parte de los directores; pero el jóven Vidaurre tenia la suerte de sobresalir en todo lo bueno i honroso, i se dice de él que fué el

mas juicioso, el mas aplicado i aprovechado de todos los alumnos de esa academia.

En 14 de enero de 1826 hallábase de Ayudante mayor en la accion de Bella-vista bajo las órdenes del Supremo Director don Ramon Freire, habiendo hecho la campaña de Chiloé; i en 16 de enero de 1830 recibia el empleo efectivo de Sarjento Mayor de infantería. Por esta época lo vemos ya de jefe en la guardia nacional, i no tiene aun veintiocho años.

Precisamente habia algo de mui distinguido en su conducta i aptitudes que le hacia merecer la eleccion del Gobierno para puestos delicados, no obstante su edad juvenil. I en efecto, el jóven Vidaurre, correspondiendo a la esmerada educacion con que habia sido favorecido, observaba una moralidad que le atraia desde luego el respeto i la estimacion de cuantos le conocian: era sosegado i estudioso, i las horas que el deber le dejaba libres no las disipaba en pasatiempos funestos o degradantes, sino que por el contrario las destinaba a ilustrarse en el conocimiento profundo de su carrera i a cultivar las relaciones de amistad, que a la paz de honrosas, podian serle de provecho para perfeccionarse en la ciencia de sus deberes; por último, sin olvidarse de la relijion, cuyos preceptos habia aprendido al lado de un maestro competente, sabia dar a su porte i su proceder la dignidad i juiciosidad de un hombre culto

que ha vivido muchos años. Como militar, mientras duró su rol de subalterno, no dió mérito al mas lijero arresto, a la mas leve reprimenda de sus superiores, ni cometió falta alguna que afectase siquiera lijeramente su honor de soldado: atento siempre a las órdenes que se le impartian i extremadamente exacto en cumplirlas, su conducta era citada con elojio i premiada con una dispensacion de confianza de parte del Gobierno que excitaba la emulacion de sus compañeros de armas; en una palabra, llegó a ser el mas perfecto modelo que puede ofrecerse a la imitacion de los militares subalternos. Por eso le vemos desempeñando diversas comisiones importantes que algunos juzgaban incompatibles con su edad; por eso le vemos servir alternativamente en todas las armas revelando a cada paso las aptitudes i habilidad que le dieran sus estudios.

En 4 de agosto de 1831 fué nombrado por el Gobierno Comandante en comision de la brigada de artilleria de Valparaiso en cuyo destino permaneció hasta el 1.º de setiembre de 1834, en que fué nombrado Sarjento Mayor en propiedad del rejimiento de esta arma.

En el referido año 31 fué Elector de Presidente i Vice Presidente de la República.

Siendo Comandante del departamento de artilleria de Valparaiso, lo fué tambien en comision del batallon cívico número 2 de di-

cho puerto desde octubre de 1833 hasta el 24 de mayo de 1837, en cuyo período mandó también en comisión un poco de tiempo el batallón cívico núm. 1 del mismo puerto.

En la citada fecha del año 37 fué nombrado, para expedicionar al Perú, Comandante interino del batallón Valdivia, en cuyo destino cesó el 14 de junio del mismo año, en que se le nombró Comandante en propiedad del batallón Valparaíso. En esta misma fecha cesó en el Gobierno local de dicho puerto que desempeñaba desde el 25 de abril del expresado año.

El 6 de junio del mismo concurrió de Comandante Jeneral de la infantería al combate en las alturas del Barón bajo las órdenes del Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador del Perú, don Manuel Blanco Encalada, donde fué sofocada la sublevación del regimiento de infantería Cazadores de Maipú; por cuya acción gozaba la medalla que concedió el Supremo Gobierno a los defensores de las instituciones.

Con motivo de los lamentables sucesos que prepararon esa jornada, la injusta malevolencia que aveces persigue a los hombres de mérito distinguido, forjó una atroz calumnia contra el jefe Vidaurre. Se decía nada ménos que habia entrado en la combinación del plan con su primo hermano don José Antonio, a quien traicionó faltando a la consigna; i se añadía que el hecho de pedir al Gobierno le

permitiera cambiar de apellido era una felonía, porque condenaba públicamente i de motu proprio a su primo hermano. Estas acusaciones eran tan graves como gratuitas e infundadas. La primera viene a tierra por su propio peso no sirviéndole de apoyo, no digo una semiprueba, pero ni aun el mas leve indicio que la haga por lo ménos verosimil. Presentar como un revolucionario i al mismo tiempo como un traidor a aquel cuya conducta era de una virtud i caballerosidad a toda prueba, es un avance hijo de la rabia i de la mas baja malevolencia i que no puede ménos de rechazar todo el que conocia a fondo el carácter de la víctima de semejante calumnia. Respecto de la otra acusacion, no pretenderemos absolverlo a todo trance, cuando él mismo despues que se hubo calmado la exasperacion que produjo en los ánimos aquella tragedia, se manifestaba dudoso de la justicia de la resolucion que habia adoptado. Pero hai algo en los sentimientos patrióticos del jefe Vidaurre que excusa completamente esa medida, que no siendo fatalmente necesaria, era en mi concepto un acto poco reflexivo. En su opinion como en la de todo hombre sensato, despues de las divisiones i guerras de los partidos políticos que nos habian hecho ya bastante mal, era un bien precioso i una necesidad, la paz pública conservada mediante una política sagaz i severa i garantida por la fidelidad de la fuerza armada; pues de otro

modo la independencia que se habia conquistado no habria producido mas efecto que abrir un palenque para degollarnos a impulsos de nuestros odios i ambiciones, i estaríamos por otra parte espuestos a que un vecino poderoso, aprovechándose de nuestras rivalidades intestinas, atentase a la integridad de nuestra soberanía: asi es que la fidelidad de la fuerza armada, a mas de ser impuesta por la lei positiva, era reclamada altamente por las circunstancias especiales en que nos hallábamós. Además, un suceso extraordinario habia venido a exigir de un modo mas eficaz aun, la abnegacion de todos los ciudadanos i su sumision sin réplica a la autoridad suprema: el Poder Ejecutivo, con legal autorizacion, habia declarado la guerra a uno de los Estados vecinos, i nos veíamos en esa situacion excepcional, única en que es absolutamente injustificable promover disensiones en el seno de un pais, en que los partidos deben arrimar sus armas, acallar sus polémicas, arriar sus banderas, i reunirse aunque transitoriamente en rededor de la autoridad que declaró la guerra, para dar a esta declaracion el prestigio de una aceptacion unánime i cooperar de consuno a un resultado glorioso para las armas de la patria. Pues bien; en tal conjunto de circunstancias estalla un motin revolucionario en la fuerza misma destinada a operar contra el enemigo comun, i llevando sus actos hasta la barbárie los amotinados hacen pasar por las

armas al Ministro de la Guerra, ciudadano por otra parte altamente benemérito.

El jefe Vidaurre, imbuido como estaba en las convicciones que acabo de espresar, experimentó naturalmente la mas dolorosa indignacion, como todo ciudadano despreocupado experimentaria ala noticia del horroroso atentado; ¿i no se le deberá disculpar el que impelido por su exasperacion tan justa, quisiese en esos momentos despojarse de todo signo que tuviese algo de comun con el principal autor de aquel crimen, sin ejemplo todavía entre nosotros?—«Pero no, se dice; esa pretension no tuvo otro fundamento que el deseo de esplotar la desgracia de un pariente en favor de sí propio.»—¿Sentencia cruel! lanzada contra un hombre de virtud comprobada, contra un servidor jeneroso que no tuvo juventud, que no disfrutó la holganza, ni probó los goces ni satisfacciones de la adolescencia, por consagrarse desde pequeño a los peligros i sacrificios que demandaba su aflijida patria! Entraba en el destino de este hijo abnegado de Chile experimentar los dos mas crueles daños que la ingratitud suele hacer sufrir, la calumnia i la muerte alevosa! Pero, ¿quién tener puede el derecho de interpretar tan odiosamente los cultos movimientos de un corazon ajeno? ¿Hai algun ser, si no es solamente Dios, con jurisdiccion para juzgar los sentimientos íntimos? ¡Ah! ese juicio no pasa de ser una mera sospecha, mui injuriosa i mui

inícuo por cierto, pero que se estrella impotente contra la conocida bondad, el patriotismo a toda prueba i demas virtudes de aquel ilustre jefe.

Empero, volvamos a la enunciaci3n de sus grandes servicios.

En 1837 hizo la campaña del Ejército Restaurador bajo las 3rdenes del referido Jeneral Blanco, i la segunda del mismo Ejército bajo las del Jeneral don Manuel Búlnes desde el 6 de julio de 38, hasta el 11 del mismo mes de 39, en cuya campaña se halló en las siguientes funciones de guerra: toma de Lima el 21 de agosto de 38; en el sitio a la plaza del Callao desde el 23 de agosto hasta el 8 de noviembre de dicho año, que se levantó; en el combate del puente de Buin el 6 de enero de 39, por el que gozaba el escudo de honor concedido a los que se hallaron en él, segun decreto supremo de 19 de diciembre de 1842, i en la batalla de Yungai el 20 de enero de 39, comandando el batallon Valparaiso, en la cual se portó tan bizarramente, que mereció una mencion honorífica en los partes oficiales por el Jeneral en Jefe i por el Gobierno del Perú i obtuvo el grado de Coronel, las medallas de oro que ambos Gobiernos decretaron i el abono de tiempo que ademas concedió el de Chile.

Por decretos supremos de 15 i 18 de enero de 1843 fué nombrado miembro de la Comisi3n encargada de formar el Código militar para el ejército i guardia cívica. En 844 le pi-

dió el Inspector Jeneral que antes de someter a la aprobacion del Gobierno el indicado Código, informáse sobre lo que convendría suprimir o adicionar en él.

En diciembre del expresado año 44 se le nombró miembro de la Comision revisora de la táctica para infantería lijera que rije actualmente.

Por decreto de 8 de agosto de 846 cesó en la Comision del batallon lijero Valdivia, pasó al cuerpo de asamblea i fué nombrado sub-Inspector interino de la Guardia nacional durante la ausencia del propietario el señor Coronel Sesé.

Por decreto de 15 de noviembre de 847, fué nombrado Inspector delegado para inspeccionar los cuerpos de Valparaiso; i en el año siguiente se le comisionó para formar en union con otros jefes el reglamento de la Guardia cívica que rije en la actualidad.

Por decreto de 20 de julio de 48 se le nombró Inspector delegado de los cuerpos cívicos de Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Santiago i Valparaiso.

En 19 de enero de 49 pasó a mandar interinamente el batallon de línea Yungai i el 26 de noviembre siguiente fué nombrado Comandante Jeneral de Armas de la provincia de Santiago e Inspector Jeneral de la Guardia nacional, cuyo cargo desempeñó hasta mediados del año 55 sin mas interrupcion que el

tiempo que permaneció fuera de la capital desempeñando las comisiones siguientes:

En el mando de la division del Norte que se le confirió por decreto de 6 de octubre de 851 cuya campaña hizo hasta el 25 de febrero de 52, habiéndose encontrado en la batalla de Petorca i en los encuentros que tuvieron lugar durante los dos meses que sitió a la Serena.

En la inspeccion de los cuerpos civicos de la provincia de Chilc  para que fué nombrado por decreto de 1.  de abril de 852, habiendo desempeñado la Intendencia i Comandancia Jeneral de armas de la misma durante cuatro meses.

En la inspeccion i reorganizacion de los cuerpos cívicos de Valparaiso a que fué comisionado por decreto de 3 de mayo de 53.

En la inspeccion de los de Atacama por decreto de 23 de diciembre de 54, habiendo desempeñado interinamente la Intendencia i Comandancia Jenerai de Armas de esa provincia durante algunos meses. A la sazón era ya Jeneral de brigada de los ejércitos de la República.

Por decreto fecha 14 de marzo del corriente año fué nombrado Jeneral en Jefe de la division pacificadora del Norte, cuya comision no alcanzó a desempeñar porque en ese mismo dia tuvo lugar la jornada de los Loros. Nombrado nuevamente Jeneral en Jefe de la última division pacificadora por decreto de 24

de dicho mes, concurrió con ella hasta vencer a los revolucionarios en la batalla que tuvo lugar en Cerro Grande a inmediaciones de la ciudad de la Serena, el 29 de abril de este año.

Por último, fué elejido miembro del Congreso Nacional para los períodos legislativos de 1855 i 1858.

Hemos hecho rápidamente la enunciacion, en globo i sin detalles, de los servicios prestados por el señor Jeneral Vidaurre en sus cuarenta i dos años de vida pública: describir los pormenores, seria proponerse hacer un grueso volúmen. Como se ha visto, no fué hecho el descanso para él, que por su parte nunca lo solicitó mientras su salud le permitia servir: la circunstancia de haberse consagrado desde niño al servicio público no bastó a hacerle cobrar disgusto a las demandas que la autoridad le imponia, ni aspirar al retiro para una época mas o menos remota. Sus aptitudes i su sumision al Supremo Gobierno le perjudicaron en cierto sentido, porque recargando de trabajo su vida, no se le dejó tiempo para adquirir bienes de fortuna que hubiese legado a sus hijos; i mientras otros, con un trabajo tres tantos menos asiduo, logran reunir cuantiosos bienes i prepararse un período de descanso i de brillantes comodidades, el Jeneral, con una vida trabajada hasta el extremo, murió en la pobreza.

Cambiada su posicion social, su conducta como individuo privado siguió siendo siem-

pre la misma: su moralidad, fundada en la estimacion de sí propio i en los eficaces motivos que la relijion presenta para inducir al cumplimiento de sus preceptos, no podia ser relajada ahora que su reflexion habia llegado a la madurez; el que de adolescente fué virtuoso, no podia pervertirse despues de llegar a hombre. La costumbre del mando, de dominar en los negocios de su atinjencia, de juzgar, aconsejar, prohibir; la extension de sus relaciones i de sus conocimientos sobre los hombres i las cosas, no mudaron su índole naturalmente afectuosa, ni su bondadoso proceder en los diversos caracteres de su vida múltiple. Sus maneras, aunque llanas, nunca fueron descorteses, i cualquiera podia acercarse a él en la confianza de encontrar una atencion, un buen humor i una cortesania invariables: ni la habitud de mandar, ni los achaques de los años alteraron la sencillez de su trato, ni hicieron arrogante su lenguaje familiar i lleno de franqueza. El sentimiento de la amistad era uno de los en que mas se placia: a cada uno de sus amigos profesaba el amor de hermano, i la solicitud i consecuencia de su amistad nacia de ese amor mas que de los miramientos del deber: sin acercarse jamas a la impudencia, su trato con los amigos nada tenia de estudioso i afectado, i los veia i servia, los consolaba i participaba de las aflicciones que sufrieran, como si fuesen sus hermanos.—Interrogad a cualquiera de ellos,

i vereis cuan grande precio daban a su amistad i cuan entristecidos se hallan por la muerte del mejor de los amigos.—Era un excelente padre de familia ¡Cuanto bien perdido para su esposa i sus hijos! Acabóse el apoyo i el amor del padre! El objeto mas querido, el honor de la familia, la dicha i el embeleso de sus corazones . . . ¡Todo les ha sido arrebatado en un instante! Su dolor es tan respetable, cuanto es inmensa e inmerecida su desgracia, ocasionada por la mano de los hombres! Quiera Dios aliviar tan intensa pena i consolar a esos corazones dilacerados.

En su vida patriótica, el Jeneral Vidaurre ofrece a nuestra admiracion dos séries de hechos importantes; la primera está comprendida en su calidad de guerrero de la Independencia, i la segunda en la de servidor de Chile independiente. Digno del mas alto encomio en la primera, como hemos visto, no lo es ménos en la segunda. Despues de Dios, el amor a su patria fué el sentimiento dominante del Jeneral: sus actos materiales e intelectuales los referia por completo a esta tierna divisa de su pensamiento, servir a la patria. Si entraba en su celo la mira de obtener el beneplácito del Gobierno o de perfeccionar ciertas instituciones de su predileccion, estos impulsos secundarios se absorbian en el gran sentimiento de su patriotismo; i puede decirse que fué a este móvil poderoso al que se debió exclusivamente su consagracion en

el desempeño de las comisiones i cargos que se le confiaron. Su entrada en los cuerpos era luego seguida de reformas radicales en la organizacion, disciplina i arreglo interior de ellos, en las que se notaba la mano hábil del mas esperto de los comandantes; por eso es que se le sacaba de uno para encomendarle otro en que efectuase esas reformas, o se le recargaba con la comandancia hasta de tres cuerpos a un tiempo, mostrándose asi el Gobierno tal vez desconsiderado con aquel buen servidor, pero sin que desmayase la buena disposicion i celo esmerado de éste. Conocedor práctico de las privaciones i humillaciones del soldado, se hacia un deber de dispensarle un tratamiento benigno, i ya estuviese en campaña o en cuartel, procuraba siempre ahorrarle todo sacrificio o penalidad innecesaria, conciliando sí su bondad con el respeto que debia exigir por su carácter. En la guerra su fuerza moral lo hacia reflexivo, su valor era tranquilo i su golpe de vista certero. Cuando este le indicaba un paso interesante que efectuar, avanzaba ufano i resuelto a llenar aquella exigencia del acaso, cualquiera que fuese el sacrificio que costara: en la batalla de Yungai atestiguó esta verdad de un modo brillante. Pero, por elevado que fuera el rol que desempeñara en la guerra, no buscaba en su posicion el medio de escudar su persona, sino que participaba de los peligros igualmente que sus subalternos, rebajándose

a veces a roles incompatibles con su rango, si el caso era de una importancia trascendental: así, por ejemplo, en Petorca, practicando personalmente un exploramiento de terreno, se adelantó con un acompañamiento insignificante por su número, i se dirigió sin saberlo a una emboscada de la fuerza enemiga, en cuyo poder hubiera caído indefectiblemente si las amonestaciones de los que le acompañaban no le hicieran desistir de su empresa. En sus funciones de jefe era ciertamente severo, por lo mismo que era muy ilustrado en sus deberes de militar; pero cuando le tocaba absolver o podia dispensar gracia o concesiones, entonces brillaba la bondad de su alma, se gozaba ostensiblemente en el consuelo que iban a causar sus providencias i recomendaba con ahinco la pronta ejecucion de éstas. Mas bondadoso se mostraba todavia en su calidad de jefe victorioso; no se conoció otro mas solícito para con los enemigos prisioneros, pues solo le quedaba por hacer el preparar por sus manos el alimento para esos desgraciados, como él los llamaba; i si alguna vez se le vió terriblemente enojado fué porque notó omisiones o descuidos en la asistencia a unos prisioneros heridos.

El Jeneral Vidaurre fué tambien diputado al Congreso Nacional. No era orador, pero prestaba toda la atencion de su intelijencia a las discusiones de los asuntos sobre que tenia que resolver; i si, tratándose de una materia

en que no era competente, su juicio no alcanzaba a ilustrarse con plenitud vacilando entre el pro i el contra de las proposiciones, aceptaba la opinion de hombres mas competentes i emitia su voto en conformidad a esa opinion; tal era la buena fe i humildad con que procuraba consultar el bien público. No era partidario de las mejoras a todo transe, i creia que para introducirlas debia tenerse mui presente el estado de nuestros recursos, de nuestra esperiencia e ilustracion; ni podia disimular su disgusto cuando se citaba por modelos para Chile las instituciones de otros paises mas antiguos i adelantados que el nuestro.—Su opinion, decididamente inclinada a favorecer los derechos fundados sobre el mérito, lo hacia defender con calor en el seno de las comisiones aquellas solicitudes que versaban sobre premio de servicios, despues de persuadirse de la justicia de su demanda; pero nunca sacrificó su conciencia a las inclinaciones jenerosas de su corazon.—Acostumbraba escribir una o dos horas despues de salir de la sesiones: mientras todos se retiraban a descansar de las fatigas de una larga permanencia en los bancos de la Cámara, él, mas anciano quizá que todos ellos, quedábase trabajando por largo tiempo aun. ¿Qué asuntos tan urjentes e importantes eran los que le obligaban a esas tareas, sobreponiéndose al cansancio producido por una larga sesion? ¿Eran negocios que le ofrecieran halagüeñas especta-

tivas de una fortuna por adquirir? ¡Ah! nada de eso: eran cartas dirigidas a mitigar una aflicción, a infundir la esperanza o la alegría en alguna familia, i dictadas en contestacion de otras que le fueran remitidas implorando su benignidad en favor de seres necesitados. ¡De hoy mas no contarán esas familias con el apoyo de un corazon jeneroso!—En la legislatura del año 58 tocóle asistir a debates encarnizados i furibundas escenas en el seno de la Representacion Nacional. Cuando la exaltacion de aquellos adversarios implacables salvaba los límites de toda dignidad, el Jeneral se interponia entre unos i otros, i estendiendo sus brazos como para recordarles la majestad del resinto, clamaba por la paz i por el decoro, hollado en el santuario de la lei. Las disenciones civiles desgarraban su alma: no alimentando para sus compatriotas rencor ni venganza, sufria por todos las consecuencias de esas odiosidades hijas del orgullo, sin acusar a nadie mas que a la infelicidad de sus años.

Pero hemos llegado al 3 de setiembre fecha del fatal decreto, causa inocente de su desgracia. El Jeneral sentia ya necesidad de reposo i le hubiera sido grato retirarse al seno de su familia para llevar una vida ménos activa sin dejar por eso el servicio. Allí habria seguido siendo la providencia de sus amigos en desgracia i el tutor de familias desvalidas, i aunque pobre, hubiérale satisfecho la solicitud i

el cariño de sus hijos. Pero se le hizo entender que todavía necesitaba de él la patria, i se le exigió que pasase a Valparaiso a hacerse cargo de la Intendencia de esa provincia. Algun sentimiento le costaba el renunciar al designio que se habia formado; mas resignóse al fin. No sé por qué miraba como un serio contratiempo esta nueva comision que se le encargaba: consolábase empero repitiendo que su ausencia de la capital no se extenderia a mas de tres meses i que regresaria pronto,—¡demasiado pronto, ai!

Marchó, pues, a tomar posesion de su destino. Ya en otra vez habia sido Intendente de Valparaiso, poco antes de hacer la expedicion al Perú; pero ahora se recibia del cargo en circunstancias anormales, que seguramente iban a empeñar toda su consagracion i sus fuerzas. Era evidente que en esa ciudad se tramaban planes revolucionarios en grande escala: habíanse sorprendido considerables pertrechos de guerra i se aseguraba que existian aun muchos mas. Nadie dudaba de que la paz pública seria turbada de un dia a otro. El Jeneral fué prevenido de la inminencia de este peligro; pero no dudaba de que seria frustrada toda tentativa, mediante el auxilio de la fuerza de que podia disponer, como lo habian sido seis meses antes, i parecia tranquilo en su puesto, ocupado del despacho de la Intendencia.

El plan de los revolucionarios estaba acor-

dado, i entraba en él la medida de poner fuera de combate al Jefe de la provincia para contar con mas probabilidades de éxito, aunque ese Jefe fuera uno de los pocos veteranos de la Independencia que nos quedan. ¿Pero quien se encargaría de consumir el asesinato? Al fin el Jeneral a nadie habia dañado: ¿por qué matarlo, pues? El llegaba mandado por el Gobierno; no era el azote de la poblacion sino su mas bondadoso mandatario, i mas bien que mandatario podia mirársele como un padre en razon de habernos emancipado del coloniaje i haber sido ya en otros años Intendente de Valparaiso: todos conocian la bondad de su alma, el mérito de sus largos servicios i la buena voluntad con que se consagraria al bien de la provincia. Ademas, ahora se presentaba, no jóven como en el año 37, sino con el aspecto de un anciano; los años habian mezclado sus achaques comunes a las agitaciones de su vida i no oia sino con el auxilio de un artificio; sus cabellos se habian tornado blancos, i su aire revelaba la debilidad de una existencia decrepita: para el que por primera vez lo veia su aspecto era simpático i respetable; mas, para el que lo conocia, para el que sabia que desde la edad de quince años habia consagrado su espada al servicio de la patria, era un objeto de amor i veneracion. No habian, pues, no podian haber motivos que persuadiesen a un hombre de que era justo asesinarlo. Con todo, hubo quien se encargase de herirle mor-

talmente: fué punto establecido que no era mérito sino un crimen en el viejo Jeneral haber servido cuarenta i dos años a su país; el hallarse en el último tercio de su vida i no haberla dejado en alguno de los combates en que figuró: fué resuelto que debia correjirse la disposicion de la Providencia que habia protegido esa útil vida..... ¡I cuando debia ejecutarse la sentencia? ¡a qué hora debia caer la víctima? Se acordó que fuese el Diez i Ocho de Setiembre! a la hora en que el Jeneral diese gracias a Dios por la libertad de su patria i por haber sido él de los llamados a conquistársela! ¡Diga alguno si hai ejemplo de que en el infierno o en la tierra se haya maquinado jamas un plan mas feroz!

Se cree jeneralmente que en las grandes desgracias nunca faltan los presentimientos que las anuncian: el Jeneral Vidaurre no tuvo el de su muerte trájica; i aunque en el mismo dia 18 se le avisó misteriosamente, pero en términos enérjicos, que sufriria perturbacion el órden público, miró el anuncio con la misma indiferencia que otros varios que habia tenido de la misma especie, siendo parte a mantenerlo en esta incredulidad la circunstancia misma de ver designado el gran dia de la patria para realizar los planes que se le denunciaban.—El 18, despertóse temprano para saludar en su nacimiento el sol de ese dia, i dirigióse tranquilo i festivo hacia el templo con el acompañamiento de costumbre, a tributar

accion de gracias al Omnipotente. Es menester decirlo en honor de su piedad: no asistia allí en obediencia a las prescripciones de un ceremonial obligado, sino a rendir un culto a que se habituó desde su tierna edad i a formular votos por la prosperidad de la patria. — Su actitud devota revelaba la ferviente adoracion de su espíritu en este postrer homenaje de gratitud, i seguramente, en recompensa, recibiria de Dios la luz de su próximo destino. Si, Dios, en su infinita misericordia, alumbraria el pensamiento de este hombre religioso; i haciéndole quizá recordar la caducidad de las cosas terrenas i la fragilidad de la humana existencia, le inspiraria las oraciones mas a propósito en la última reconciliacion del cristiano: sí, no hai duda, él ofreceria a Dios, de todo corazon, en fervorosa plegaria, el sacrificio de su vida, i preparándose así para el doloroso transe, marchó al lugar del sacrificio. Nadie lo ignora: en la puerta del templo era esperado, para dirijirle el golpe mortal....

Herido de muerte, sostenido por ajenos brazos i bañado en su sangre, vuelve a entrar en el sagrado resinto, donde la religion le rodea.....

No hablemos del sufrimiento físico; no miremos su pecho, vandeado por esa mano leve, su pecho expuesto siempre, i siempre respetado por las balas en cien combates; fijémonos solo en el tormento moral. Pasar del estado de perfecta salud a la agonía de la muer-

te; hallarse de un momento a otro en las puertas de la eternidad ¡oh! esto debió reducir su espíritu a la mas intensa congoja. Su esposa e hijos que no veia, que no volveria a ver, el motin estallado que trastornaba la tranquilidad del pueblo, Dios ante quien tiemblan los mismos justos, son imájenes que simultánea o sucesivamente se presentarían al alma para hacer mas acerba su agonía.—I sin embargo, ¡cosa admirable! a pesar de sus mil dolores, no tardó en dejarse traslucir la mas completa serenidad de espíritu. Sin duda alguna, la religion, esta madre solícita que nunca falta para consolar al hombre virtuoso, que se muestra mas elocuente i risueña cuanto mas tremenda es la situacion del mortal, consolaria a aquel discípulo sumiso de su doctrina, aquel hijo adicto i constantemente fiel a su voz, i presentándole las misericordias divinas que merecian sus virtudes, le inspiraría la resignacion santa, llenando su alma de celestial serenidad. Despues de pedir perdon para el culpable, a quien no llama asesino, i haciendo votos por la paz de su patria, expiró el héroe de cien batallas a las cuatro i cuarto de la tarde del mismo dia 18 de setiembre.

¡Ilustre Víctima! hijo venerable de Chile! que en la eterna morada a donde habeis llegado, donde reina la felicidad i la clemencia, no os entristezca el recuerdo de la injusta recompensa preparada a vuestras virtudes en este suelo: si hubo una mano que os hirió, hai

muchos corazones agradecidos que lloran vuestra pérdida; sírvaos, pues, de lenitivo el luto de la patria: que vuestra sangre derramada apague los odios sangrientos de que fuisteis víctima inocente!

Santiago, Setiembre 30 de 1859.